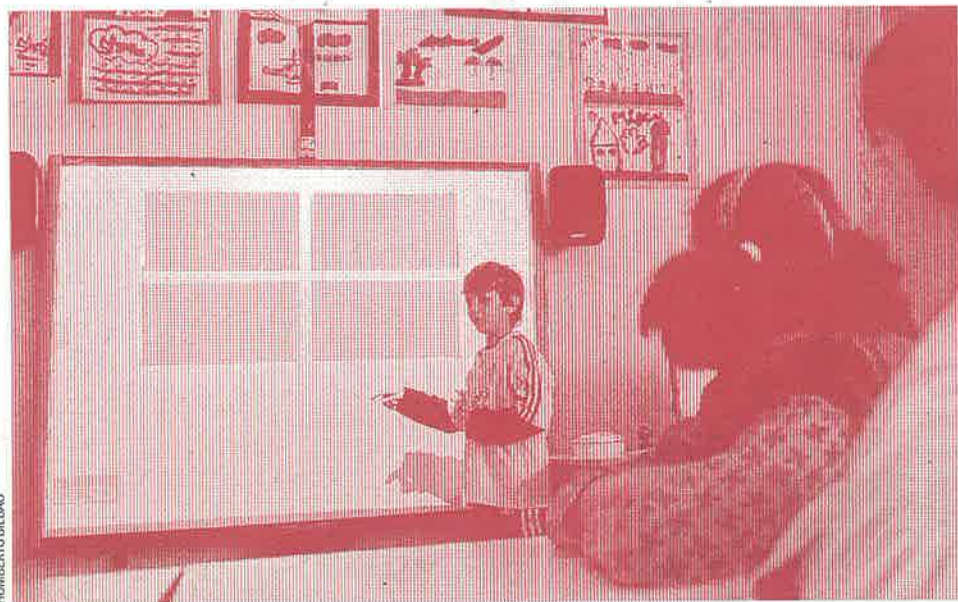


El relato que no convence


Análisis
**IÑIGO
URKULLU**

 PRESIDENTE
DEL PNV


HUMBERTO BILBAO

An te todo, y en primer lugar, felicito al periódico *Público* por sus primeros mil números. La consolidación de un medio de comunicación siempre es una noticia buena en una sociedad democrática.

La pregunta que me hace *Público* y la que debería responder en este artículo es cómo se vive el encaje de los distintos pueblos o nacionalidades, en este caso de Euskadi, en el Estado.

¿Cómo lo vemos? Respondo que con creciente preocupación. Treinta años después de iniciada la denominada Transición, muy poco de lo que se acordó y consensuó sigue vigente.

Un poco de historia quizás ayude a comprender el presente y la posición del Partido Nacionalista Vasco. Y es que, a pesar de los 30 años transcurridos, el proceso de impulso al desarrollo del autogobierno vasco tuvo una vida efímera, un año escaso. El golpe de Estado de febrero de 1981 supuso casi el final del proceso de institucionalización de Euskadi. Eso que se conoce como el Estado, y que nadie sabe muy bien qué es, decidió que "hasta aquí" se había llegado en el desarrollo del autogobierno en Euskadi, y también en Catalunya.

El desarrollo autonómico vasco se vio, no ya como una oportunidad, sino como un verdadero problema que había que atajar. Y se hizo a través de un procedimiento químico: la disolu-

ción. El denominado "café para todos". Es decir, extender, casi por decreto, el "Estado de las autonomías" para así intentar igualar por lo bajo el techo competencial. A los que no querían casi se les obligó a aceptarlo y a los que queríamos completar lo que está reconocido en el Estatuto de Gernika se nos impidió.

Se creó un sistema autonómico impuesto, desarrollado desde un Estado que no estaba dispuesto a ceder poder y capacidad de gobierno. Un entramado institucional que ha acabado convirtiéndose en un modelo ineficiente, caro y ajeno a la realidad y a las aspiraciones políticas y sociales de los propios ciudadanos. Los llamados Pactos Autonómicos dieron como resultado la Ley Orgánica de Armonización del Proceso Autonómico (LOAPA), declarada inconstitucional. Pero las leyes de bases y el propio Tribunal Constitucional se encargaron, y se encargan, de condicionar y limitar el autogobierno.

Se terminó o, mejor dicho, el Estado terminó con la lealtad institucional. Y se vinculó el desarrollo estatutario, es decir, el cumplimiento de una ley orgánica, a la conveniencia política del partido que en cada momento ha estado en el Gobierno español. El cumplimiento del Estatuto se ha convertido exclusivamente en una moneda de cambio.

Lo que ha venido después, y en referencia a Euskadi, es todavía más preocupante. Una Ley

de Partidos que se diseña y se ejecuta más como una herramienta electoral al servicio del Estado –o mejor de los partidos en el poder– que como una necesaria ley que regule a los partidos políticos. Una herramienta que ha servido para condicionar el mapa electoral y la fotografía institucional y que ha allanado el camino para el desplazamiento del nacionalismo democrático –ganador de las elecciones– del gobierno de las instituciones. Ley y arbitrariedad son polos opuestos que se han conjugado a la perfección. Y todo ello –que es lo peor– escuchándose en unos supuestos principios éticos de los que todos los días nos recuerdan que el final de ETA está mucho más cerca.

Y no podemos olvidar el último año en Euskadi. Un pacto PSE-PP que es impensable en el Estado. Un acuerdo que es tan deseado por el Estado como rechazado en Euskadi. Evidentemente, a nadie en el Estado le preocupa lo que realmente piensa la sociedad vasca. Quizás porque a fuerza de repetir las bondades del nuevo Gobierno vamos a terminar creyendo en él. Llevamos un año en el que desde España se quiere imponer un relato –ahora que están de moda los relatos– que nadie entiende en Euskadi. Medios de comunicación con sus intereses propios, políticos, líderes de opinión... Se considera a los "supuestos artifices del cambio" como héroes nacionales a quienes hay que reconocer y condecorar. Nos quieren vender un año de cambio que realmente es un año que, muchísimos miles de vascos, sienten que se ha "tirado a la basura".

Y, por si fuera poco, ahora otra vez a jugar con la paz. Eguiguren, Pérez Rubalcaba, Batasuna (en sus múltiples voces), EA, López, Ares... ¡Ya vale! Lo mínimo que se les puede pedir es que dejen de pasearse por los medios de comunicación de una vez y, si realmente existe una oportunidad para la paz, que la materialicen. Y si no, que, al menos, se callen de una vez. Y todo ello con una situación económica que pone los pelos de punta.

Y repito, cómo vemos desde Euskadi la situación... pues con suma preocupación y siendo conscientes de que desde el Estado se nos ha intentado –con ímpetu y tesón– borrar del mapa político, aun cuando coyunturalmente y por interés de los mismos se nos haya querido hacer creer, con la vitrola de nuestra responsabilidad, que éramos y somos deseados como socios preferentes. En el presente y en el futuro, lo único que puedo decir es que el PNV no va a "escurrir el bulto". Hay muchos ojos puestos sobre nosotros. Sobre todo de miles de vascos y vascas. Y no les vamos a defraudar. Teniendo muy claro cuáles son las necesidades que tiene esta sociedad. Teniendo claras las herramientas que le corresponden y que hasta ahora se les han negado.

Nosotros creemos, en referencia a Euskadi, que la situación requiere de nuevas herramientas que tienen que tender hacia el autogobierno pleno, con una presencia real y reglada en Europa cuando se traten asuntos concernientes a Euskadi. Y todo ello liderado por instituciones que representen a la verdadera mayoría social de este país y no a un apaño de laboratorio urdido desde Madrid en base a dos partidos tan antagónicos como enfrentados.

Tras el golpe de 1981 llegó el fin del desarrollo del autogobierno

Se nos ha intentado borrar del mapa político con ímpetu y tesón